

estudió bajo mi dirección con notable aprovechamiento el idioma de Homero, que comunicó á su vez á varios miembros del instituto á que después se agregó. Pero no pude prever ni impedir obstáculos que inesperadamente surgieron, ni imaginarme que, precisamente cuando nuestras comunicaciones con el resto del mundo se hacen más rápidas, no pudiese llegar á Monterrey en todo un año media docena de gramáticas. Tuve, pues, que darme por satisfecho con que se enseñara á los alumnos lo que se ha dado en llamar *ratces griegas*, y que como todo mediano helenista sabe muy bien, es lo que menos *se arraiga* en la mente.

Mucho he sentido estos contratiempos, no sólo por mi afición particular á ese estudio, sino por lo convencido que estoy de la importancia del griego como ramo principal de la educación. Cierta librito de oro, *Ratio discendi et docendi*, que sirve de guía á una corporación que se distingue entre todas por su habilidad para la enseñanza, afirma que la dignidad de la lengua helénica es tan grande, que quien no la conoce, de ninguna manera puede llamarse erudito; *ut illam qui non calleat, eruditus plane dici nemo possit*. Ella nos sirve de antorcha clarísima, á cuyo fulgor vemos y entendemos los autores más sublimes; por cuyos escritos andaríamos de otra suerte errantes y á tientas sin poder gustar sus bellezas. *Ea utilitas ut facem una præferat clarissimam ad intelligendos summarum artium scriptores, in quibus cœcutire turpiter oporteat Græce nescientibus*. Al Teólogo sobre todo, al apologista, es indispensable. Sin la lengua griega imposible es á menudo penetrar el sentido de los Libros Santos, imposible defender victoriosamente la Religión con-

tra las cavilaciones y corruptelas de los heterodoxos, que no han temido en más de un punto alterar el texto de los monumentos de nuestra Fe católica. *Ea demum necessitas, ut absque illa, sacrorum Codicum asserere veritatem, ac genuinum sæpe sensum assequi nequeamus, imo religionem ipsam tueri contra hæreticorum cavillationes et corruptelas, quibus sanctissima Fidei Catholicæ monumenta fædissime depravarunt*. Como es más difícil, mayor empeño se debe tomar en su enseñanza, y desde el primer bienio deben aplicarse á ella los niños; porque una larga experiencia demuestra que, quien no estudia el griego en sus tiernos años, no puede llegar á poseerlo en la edad madura. *Est enim hoc usu comprobatum, qui græcas litteras mature non arripuerit, vix unquam esse ut eas comprehendat*.

Penetrados ya de las verdades contenidas en el áureo librito, de que acabo de citaros algunos trozos, muchos seminarios y colegios, así en México como en España, han establecido cursos completos de letras griegas, y en ambos países se han impreso varios libros para la enseñanza de este idioma en los últimos años. Pero si por un lado ha habido cierto furor por la literatura helénica, por otro se ha levantado una reacción en contra de la misma, avanzando ideas muy exageradas, y que sería preciso sofocar en la cuna. Grande fué mi sorpresa al leer hace poco en el *Diario de Barcelona* las siguientes palabras que os suplico escuchéis:

“La lengua de Homero nunca fué la lengua de la Iglesia, aunque muchos de sus grandes doctores la usaran en los tiempos militantes; pero desde el IV siglo para acá el catolicismo se hace latino, casi con absoluta exclusión, si no del elemento, de la literatura griega. De aquí que para

el estudio de la juventud prefieran este último idioma las sociedades que, como la nuestra, han bebido más ó menos conscientemente las aguas de la Reforma. Por eso presentan nuestras humanidades hoy un síntoma verdaderamente fenomenal en España, pues aquí, donde el renacimiento de las letras ha sido siempre latino, se nos anuncia ahora con caracteres griegos, circunstancia que le quita mucha trascendencia, y le imprime no poca extravagancia. . . . Caso también digno de repararse es que marchen en nuestro idioma á la cabeza de tan extraña corriente, dos hombres profundamente religiosos; en España el Sr. Menéndez Pelayo, y en América el Sr. Montes de Oca, antes Obispo de Tamaulipas, y ahora de Linares, más conocido por Ipanthro Acaico."

¡He aquí la ocasión de exclamar como aquel Santo Padre, justamente asombrado de que á las decisiones, sentencias é ideas de un Concilio verdaderamente ortodoxo se hubiese dado tan torcida interpretación que parecían infectas de herejía; he aquí el caso de exclamar: *Ingenuit orbis totus et se esse Arianum miratus est!* ¿Han quedado católicos en el mundo? ¡Los más ortodoxos aparecen de fe dudosa, los más amantes de Cicerón y Horacio figuran como hostiles al idioma en que tanto se deleitan! ¡Conque el ser amigo de las letras griegas obliga necesariamente á ser enemigo del latín! ¡Conque el esforzarse por introducir en tierras españolas el amor á los estudios helénicos, que predomina en las Universidades inglesas y alemanas, es cooperar á la introducción también del espíritu protestante y anticatólico de Oxford ó de Bonn, de Cambridge ó de Gottingen! ¡En verdad que el joven montañés, autor nunca bien elogiado de la "His-

toria de los Heterodoxos Españoles," el que con ocasión del centenario de Calderón de la Barca se atrajo las iras de mil y mil periodistas y políticos reunidos en profano banquete, con un atrevido discurso católico hasta el extremo; el que en su *Epístola á Horacio* exclama entusiasmado:

"Torne el radiante
Sol del Renacimiento á iluminarnos.

.....
Helenos y latinos agrupados,
Una sola familia, un pueblo solo
Unidos formarán. Pero otra lumbré
Antes encienda el ánima del vate.
Él vierta añejo vino en odres nuevos,
Y esa forma purísima, pagana,
Labre con mano y corazón cristianos.

.....
En vano el Septentrión hordas salvajes
De nuevo lanzará;"

en verdad que el ortodoxo literato que tan bellas líneas ha trazado, habrá quedado estupefacto al ver que se le supone cómplice de los que quieren hacer cruzar los Pirineos á esos *bárbaros del Septentrión* á que él es tan contrario, y aliar á Helenos y Germanos, desechando á esos Latinos que forman su delicia!

No, Señores: los que amamos el griego, amamos igualmente, y aún más, el latín. Si insistimos en la enseñanza del primero, si de preferencia nos dedicamos á traducir y explicar los libros en él escritos, es precisamente por su mayor dificultad, y por ser tan pocos los que entre nosotros lo estudian profundamente. Sin necesidad de recomendaciones, el latín se cultiva y se cultivará en España y sus antiguas colonias; y mientras á Virgilio y á

Ovidio, á Cicerón y á Salustio sobrarán traductores y comentadores en ambos continentes, pocas é incompletas son las versiones castellanas de los clásicos griegos; y aun los pocos amigos que nos reunimos hace años é hicimos pacto de llenar este vacío, no hemos podido dar pleno cumplimiento á nuestro grato compromiso.

Por lo que á mí toca, si insisto en la enseñanza del griego, bien sabéis los presentes que, desde que llegué á esta diócesi, no he cesado de inculcar la necesidad imprescindible de que al idioma del Lacio se dediquen, no sólo los dos años que se han acostumbrado, sino por lo menos tres, ya que no me es dado exigir cinco ni seis. Así es que en el plan de estudios, que de acuerdo con el Rector que era entonces de este Seminario, D. Eduardo Montaña, hice expedir en Noviembre de 1881, el primer año debe dedicarse á la analogía, el segundo á la sintáxis, el tercero á la prosodia y á la retórica. Que no es excesivo este tiempo, lo habrán podido ver en los últimos exámenes aun los más preocupados. Aunque el número de piezas que en el segundo curso de latinidad se tradujeron fué verdaderamente asombroso, como hace poco indiqué, sin embargo hallamos vacíos de inmensa consideración. Ni una égloga de Virgilio, ni un renglón de la Eneida han estudiado los que creían haber ya concluido el estudio del latín. Ni á Salustio, ni á Tito Livio, ni á Tácito conocen; en cuanto á ejercitarlos en composiciones en prosa, no ha habido para ello el tiempo material; por lo que toca á versos, apenas ha habido lugar de enseñarles á medir los pocos que han leído. Y notad que se trata de formar clérigos, que en latín deben rezar, en latín estudiar, en latín escribir muchas veces.

Fácil es, por tanto, comprender cuánta razón tuve para prolongar el período consagrado á las Humanidades. Pero no lo hice sólo por fomentar mis propias aficiones ó satisfacer un capricho. En la relación que los Obispos hacemos periódicamente á la Santa Sede acerca de nuestras diócesis, algunos Prelados, al enumerar las cátedras de su seminario, han pasado de la Gramática á la Filosofía, sin mencionar la Retórica; y la Sagrada Congregación del Concilio les ha advertido siempre que la añadan, dando más tiempo á la enseñanza de las letras humanas. Igualmente, á no pocos que han manifestado que sólo un año se consagraba en sus colegios á la Filosofía, la Sede Apostólica ha mandado que dediquen mayor espacio de tiempo á ciencias tan necesarias al clérigo, sobre todo en nuestros días. Por lo que toca á esta parte de la educación, ningún cambio ordené. Tres años se le consagran ahora, lo mismo que antes: uno dedicado á la Filosofía racional; otro á las Matemáticas (á que se añade la Geografía) y otro á la Física, Astronomía é Historia. Siendo esto tan conforme con las disposiciones de la Silla Apostólica, con las necesidades de la época y el lugar en que vivimos, y con mis propias convicciones, aunque no ha faltado quien me sugiera la supresión de algunos ramos de los que acabo de enunciar y la mayor brevedad del curso, á ello me he resistido, y jamás consentiré en hacerlo.

Por otra parte, si el niño (conforme á lo prescrito por el Concilio de Trento) entra al Seminario á los doce años, apenas tendrá diez y ocho al terminar la Filosofía, conforme al plan que he mandado se siga. Añadidle otros cuatro de Teología Dogmática y Moral, y uno más de Dere-

cho Canónico, y tendrá el joven veintitres años; justamente la edad en que, con dispensa de algunos meses, podrá recibir el orden del presbiterado. Reducid el curso de Artes á cuatro años, abreviad tambien el de Facultad Mayor, como no sé quién me proponía no ha mucho, ¿qué resultará? Antes de los veinte años habrá ya terminado el estudiante su incompleto *curriculum*, y con poco amor á estudios que tan imperfectamente ha hecho, pasará en ocio los años que le restan para cumplir la edad canónica. Ordenado, saldrá á una parroquia en que no creará por cierto la afición á estudiar; y dejándose llevar por la corriente, suponiendo que la ociosidad no engendre en él vicios mayores, nos dará bien presto el repugnante espectáculo del clérigo comerciante, ó por lo menos agricultor, atento sólo al lucro, suspirando no por el rocío de la divina gracia, sino por la lluvia que fecunde sus campos terrenos; amante, no de sus feligreses, sino de las propiedades que presto habrá adquirido en su parroquia. Aunque se le llame con frecuencia á examen, aunque sea muy asiduo en su asistencia á las conferencias diocesanas, de nada le servirá. Como (en el supuesto que adoptáramos el plan que se me sugería) nada se le habrá enseñado oportunamente de declamación, lo veremos en el púlpito, si acaso lo vemos, haciendo contorsiones y ademanes ridículos, hablando en voz tan baja que nadie le oiga, ó dando gritos descompasados que horroricen al auditorio; por último, con todos los defectos de pronunciación de las márgenes del Bravo, que si no se le corrigien desde pequeño con frecuentes ejercicios de declamar, conservará hasta la vejez á despecho de las reflexiones que posteriormente se le hagan. Como tampoco habrá

aprendido ni los primeros rudimentos de inglés, ahora que tantos ciudadanos de la vecina República se establecen entre nosotros, será para ellos inútil ministro; ni habrá conversiones, ni conservarán su fe los católicos, ni tendrán el consuelo de hacer su confesión sacramental los moribundos que lo pidan. Inundadas ya estas comarcas de predicadores protestantes, si el sacerdote, por abreviar el curso teológico no ha estudiado la Hermenéutica, se verá en graves apuros para responder á los argumentos contrarios; y si quiere estudiar, la dificultad de entender el latín, que tan imperfectamente habrá adquirido, lo retraerá luego de su propósito.

Quien conozca este terreno, verá que no hay nada de exagerado en este cuadro, y comprenderá la justicia con que insisto por que en mi Seminario los estudios sean lo más completo posibles, que se empleen en ellos los once años prefijados, y que no se omitan las clases accesorias que tanto interesan, de declamación y elocuencia sagrada, de griego, y si fuere posible de algo de hebreo, de inglés y francés, y de otros ramos que podrán ser menos necesarios en otras partes, pero que en estas fronteras y en las actuales circunstancias son indispensables, para que el ministerio sacerdotal produzca los saludables efectos que se propuso el Divino Fundador de la Iglesia.

Réstame hablaros brevemente de otra ligera innovación que me sugirió espontáneamente el ya mencionado Rector Sr. Montaña, y que adopté de buena gana: hablo de la escuela de primeras letras agregada al Colegio. Este Seminario es Tridentino, y aunque haya otro Colegio Diocesano, el único Seminario clerical, el único semillero de sacerdotes. Lo prescrito, pues, por el Santo

Concilio de Trento, y por la Sagrada Congregación instituida por los Sumos Pontífices para interpretar las decisiones de dicho Concilio, debe ser nuestra Suprema Ley, nuestra única norma. Ahora bien, las escuelas primarias anexas á los seminarios son en todo conformes con los deseos y aun mandatos expresos de los Padres Tridentinos, y convienen sobremanera á los superiores de dichos colegios, que no debiendo recibir en las clases de latín á alumnos de menos de doce años, se exponen á admitirlos ya corrompidos, si no proporcionan bajo su propia dirección un pequeño plantel en que se les inspiren desde pequeñitos buenos sentimientos, y se cuide que conserven su inocencia. Esto lo aprendió mi antiguo Rector por la experiencia local adquirida en varios años de residencia en Monterrey, esto lo hizo sugerirme ese ligero cambio; y yo, hallando sus ideas conformes á lo prescrito por el Concilio de Trento, no tuve dificultad en aceptar su proyecto. Hasta ahora no hemos tenido motivos para arrepentirnos.

Más quisiera decir sobre asunto tan importante; pero temo cansaros, y deseo, antes de terminar, hacer al nuevo Rector los debidos elogios por la constancia con que ha permanecido en su puesto en medio de circunstancias para él bien adversas, y por la laboriosidad que ha desplegado, teniendo personalmente que suplir varias cátedras, que se vieron acéfalas por la separación intempestiva de algunos de los profesores. A los demás catedráticos que, desde el principio hasta el fin, le ayudaron como buenos á soportar el peso, cada día más grave, de su doble fardo, me complazco en rendir el debido homenaje. A los alumnos que se han distinguido por su piedad y aprovecha-

miento, envió, antes que regresen á sus hogares, mis cordiales felicitaciones.

Siento deciros que las condiciones pecuniarias del Seminario son en extremo afflictivas. Escuchando, más que la prudencia, mis ardientes deseos de extender la educación á todos los diocesanos que llamaban á mis puertas, admití gratuitamente, ó por pensiones en extremo módicas, un número de alumnos mayor del que puede sostener la diócesi en sus actuales circunstancias. De aquí resultó el inevitable desnivel, y estamos en tales angustias, que para el año venidero tendremos que reducir considerablemente el número de becas de merced, aumentar algo la pensión á los que no la pagan íntegra, y adoptar algunas otras medidas económicas. Sean cuales fueren las reformas, hacendarias ó de otra suerte, que me viere obligado á introducir, las aulas se abrirán de nuevo el día 3 del próximo Enero, terminando las vacaciones desde el 1.º del mismo mes.

